

Un paseo por Paris, retratos al natural

UN PASEO POR PARIS
RETRATOS AL NATURAL
POR

DON ROQUE BARCIA.

MADRID, 1863. IMPRENTA DE MANUEL GALIANO. Plaza de los Ministerios, 2.

ADVERTENCIA.

Después de las infinitas sandeces y extravagancias con que los delvecino imperio acostumbran á pasar ratos tan frecuentes de buen humor á costa de nuestro país, apenas se concibe que no haya habido algun escritor español que dijera de ellos tantas verdades, cuantas son las mentiras que ellos han dicho de nosotros.

Lo más que han hecho ciertos celosos escritores nacionales, ha sido vindicarnos de aquellas ingeniosas imposturas, de aquellos novelescos despropósitos, como quien repele una invasión extraña; pero ninguno (queseamos) ha hecho una expedición á sus tierras, con ánimo deliberado de ver y de decir lo que por allí pasa, porque algo que merezca la pena de verse y de decirse debe pasar.

Esto es lo que, con escasísimos recursos y muy endeble fuerzas, vamos á hacer nosotros.

Ellos han venido á nuestra casa. Nosotros iremos á la suya, aunque hay una diferencia capitalísima en el pensamiento y en la intención con que ellos han venido, y nosotros vamos.

Ellos han venido á oler y fisgar, para decir luego entre los suyos, no lo que han visto, sino lo que han soñado, ó lo que han querido soñar para escribir una novela y producir un efecto cómico, á expensas de la honra de un pueblo noble y generoso, brusco quizá, inculto tal vez, pero generoso y confiado; tan generoso y tan confiado, que recibe con palma y olivas á los que le insultan.

Nosotros iremos á oler y fisgar, para decir sencilla y buenamente lo que hemos oído y fisgado. Si es malo para ellos, que tengan paciencia; si es bueno, con su pan se lo coman, y nosotros procuraremos comer también lo que podamos, porque lo bueno es pan que debe comer todo el mundo.

Ellos han venido á burlarse.

Nosotros iremos á estudiar.

Ellos han sido novelistas.

Nosotros seremos historiadores.

Ellos han dicho la pura mentira, si es que hay mentiras puras.

Nosotros diremos la pura verdad; la verdad sin dimes ni diretes, á la buena de Dios,
á la pata la llana
, como dice la gente por estas buenas tierras de
Morería

Las mil y una noches

que ellos han contado de nosotros, repugnan del modo á la evidencia de los hechos, que si no pusieran el nombre de nuestro asateado país, los mismos españoles no conoceríamos que se hablaba de España. Los mismos españoles creeríamos que se nos hacía la descripción de cómo viven algunas tribus de la Polinesia ó de las Molucas.

Lo que nosotros dirémos de los franceses será un retrato tan al natural, un retrato tan candorosamente parecido, que no habrá persona, por poco instruida que esté en materia de caracteres nacionales, que no eche de ver por instinto que hablamos de Francia, aunque nosotros supusiéramos que la escena pasaba en la Nigricia. Todo eso tendremos á nuestro favor: pagarémos deudas antiguas, dando verdades á trueque de embustes, agradeciendo y recomendando lo que juzguemos que debemos recomendar y agradecer.

Sufra, pues, el civilizadísimo Paris, el tan culto y refinado Paris, el Paris tan sutil, tan impalpable y tan vaporoso; sufra, decimos, que un tosco africano se le entre por las puertas, sin decir tú ni mí, ni saca de paja, y le desdoble ciertos pliegues, y le adivine ciertas cuerdas, y le ponga el dedo en ciertas llagas, y quite la tierra de ciertas sepulturas, y descubra ciertos cadáveres.

Lo vamos á decir con vergüenza; pero lo vamos á decir. Tenemos miedo, lo que se llama miedo, de vernos en Paris. Nos parece (y lo hemos anotado en nuestra cartera de viaje como un suceso previsto y corriente) que aquel coloso nos va á confundir con una mirada, si es que no se digna aplastarnos con un pié; y que aún cuando tenga la indulgencia de no aplastarnos ó de no confundirnos, no vamos á saber por dónde entrar, ni por dónde salir en aquel laberinto formidable; de todo lo cual resultará que tendremos que volvernos á nuestra humilde casa con los tiestos en la cabeza.

Presumimos que nos va á suceder lo que á los monos de poco tiempo: se suben al árbol para coger cocos, y las más de las veces son aplastados por la misma fruta que quieren coger.

Pero, en fin, lector mio, pecho al agua; vamos al maravilloso y estupendo Paris, á ese Paris que tantas veces habrá sonado en tus orejas, en tu pensamiento, en tu corazón, en tu fantasía ... sobre todo en tu conciencia y en tu bolsillo. La ignorancia es muy atrevida, y lo suplirá todo. ¡Buen ánimo, lector! ¡vamos á Paris!

Si vale juzgar por el plan que nos hemos formado anticipadamente, estos estudios comprenderán las siguientes series.

PARIS MORAL, PARIS CURIOSO, CONSIDERACIONES Y DESPEDIDA.

El PARIS CURIOSO comprenderá una reseña histórica de Paris, monumentos, estadística y hechos notables, con una descripción diaria de las impresiones que allí recibamos, y que transcribiremos al papel con la más escrupulosa fidelidad.

A falta de otro mérito superior, la presente obra será notable por la expresión ingenua con que será escrita.

Si hay algún alfiler en lo que escribamos, será el que buenamente salga á nuestro encuentro. Nosotros no hemos de buscar otra cosa que procurar decir, en la forma más fácil, lo que veamos, lo que sintamos y lo que pensemos.

INTRODUCCIÓN.

¡Paris, fábula del mundo, fábula de tí propio; palacio por fuera, sepulcro por dentro, salve!

Hace un mes que estamos en Paris mi mujer y yo. En este mes de noviciado y de aprendizaje, ¡cuántas cosas nos han sucedido! ¡cuántas sorpresas hemos llevado! Mi compañera y yo no hemos podido sacudir todavía la inevitable ofuscación de las primeras impresiones, y estamos como sordos, y nos miramos con cierta expresión alhelada. ¡Qué ruido! ¡Qué tropel! ¡Qué infierno! Madrid no es más que un barrio de esta confusa y turbulenta Babilonia; no es más que un lienzo de este interminable panorama de sombras chinas.

Pero la narración de las aventuras que nos han sucedido durante estos meses, (¡qué mes, Dios mio!) toca al PARIS CURIOSO, y no debemos alterar el sistema que nos hemos propuesto seguir. Aquí sólo hablaremos del PARIS MORAL, cuyo punto nos ha parecido conveniente tocar ante todo, correspondiendo á lo que de nosotros exige una necesidad de nuestro país. Francia tiende á absorbernos en todos sentidos, también en sentido moral, y no nos conformamos de ningún modo con que nos absorba en ciertas tendencias, ahora que sabemos y presenciamos lo que no sabíamos ni presenciábamos antes.

Nos explicamos, con más ó menos dificultad, que nos ponga la ley con sus figurines, con sus modas, con sus jabones, sus pomadas, sus esencias y sus juguetes: nos explicamos sin violencia que nos ponga la ley con sus graciosísimos diges, con sus elegantísimas bicocas, con sus poéticos relumbrones, con sus cultísimas frivolidades: nos explicamos, gimiendo ó no gimiendo, que nos domine con sus tejidos, con sus ácidos, con sus instrumentos, con sus libros, con sus novelas, con sus dramas, hasta su idioma: todo eso podemos explicarlo; pero no nos podemos explicar que deba ser nuestra dictadora en punto á costumbres. Contra semejante conato se levanta airado nuestro corazón. No reconocemos ese dominio, no admitimos esa tutela, no concedemos esa supremacía, por más que la organización exterior de las cosas nos deslumbe; por más que la carapostiza de que todos los hechos se revisten aquí, haga que confundamos el inocente arrullo de la tórtola con el canto agorero de la corneja. Aquí hay una cosa particular, indefinible, múltiple, casi infinita: una cosa que está en todas partes, que todo lo llena, que todo lo anima, que á todo de su forma y su rostro, como nuestro pie de su forma propia á nuestra pisada. Hay una cosa que nosotros llamamos

el palaustr francés

. Los franceses tienen un palaustr

, con el cual adoban y alisan tan admirablemente la exterioridad de las cosas, la parte que se ve, lo que está por fuera, lo que produce en nuestros sentidos y en nuestra fantasía el primer efecto dramático: preparan tan deliciosamente

las cosas con unos cuantos golpes de su portentoso palaustr, que aquí casi todo parece arte, cuando real y verdaderamente casi todo es un simple artificio. Traigamos á París cualquier cosa, una fruslería cualquiera, de España, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Turquía, del Mogol; démosla á un francés, dejemos que el francés la lleve á su casa; que allí la componga, que la aliñe, que la lave la cara con su palaustr

, y es bien seguro que la fruslería extranjera será en París una especie de magia. Por dentro será fruslería, el interior estará vacío,

el precioso busto no tendrá seso

, como dice la fábula, pero lo de fuera será un encanto. ¡Qué hechizo tan particular, qué inspiración tan asombrosa, qué talento tan admirable hay aquí, para hacer ver que es algo lo que no es nada!

Quizá no lo habremos meditado bastante; tal vez no conocemos lo necesario este inmenso laboratorio, esta inmensa química; acaso seremos injustos y agresivos con esta sociedad que nos asombra, como podría asombrarnos una fantástica aparición; suplicamos al pueblo francés que nos perdone; pero vamos á manifestar una idea, que hemos concebido más de una vez, que hemos concebido muchas veces, bajo la influencia de hechos análogos, lo cual prueba al menos que nuestra idea no es el resultado de una excepción. Cuando el espectador ríe siempre, ó siempre llora, algo hace el actor para producir aquella risa ó aquel llanto. Hé aquí nuestra idea. Creemos que el dominio que París ejerce, creemos que ese espíritu en alas del cual visita todo el globo; ese reinado que tiene un trono en tantos pueblos; esa culta y privilegiada tiranía con que está pesando sobre el mundo de hoy; creemos que esa mañosa red que tiene extendida sobre toda la tierra, no es tanto la obra de su ciencia, de su arte, de su industria y de su comercio, como la de su prodigiosa habilidad en dar á las cosas una segunda cara, una cara postiza,

la cara francesa

: es decir, una mano que cubre la cara de carne con una máscara de cartón. Creemos que la supremacía que hoy alcanza, el universal señorío de que con más ó menos razón está tan orgulloso, no lo debe tanto á las creaciones de su genio, como al artificio de su palaustr. Otro crea, otro hace, otro descubre, otro saca del caos del pensamiento la sustancia impalpable de la idea, el germen divino. Esta idea arranca, esta idea camina por el mundo, París la llama, la acaricia, la pule, la compone, la ajusta, la viste: es decir, coge su mezcla maravillosa, empuña su palaustr mágico ... ¡oh portento! ¡Ved como brilla ahora lo que poco antes era oscuro! ¡Ved qué gracioso, qué bonito, qué juguetones, lo que poco antes era duro, severo, grave! Antes era una cosa; lo que el arte ó la naturaleza quería que fuese; ahora es una

monería

; lo que París ha querido que sea. Dios y el hombre tienen un taller. París tiene otro; el taller de París. El escudo de armas de esta importantísima ciudad, debía representar un monarca que empuña por cetro un palaustre

. Volvemos á pedir uno y mil perdones al pueblo parisiense, imploramos humildemente su indulgencia, en justo pago de la esplendorosa hospitalidad que nos ofrece; pero hemos dejado nuestra pobre España para decirle, no lo que soñemos, sino lo que creamos, y eso lo que creamos al pie de la letra.

Pues volviendo á la cuestión moral, hemos descubierto que el palaustre francés

anda también alisando la cara de las costumbres, y que más allá de esa cara lisa y graciosa, abajo, en lo hondo de la fábrica, hay ciertas escorias que el palaustre no puede quitar, porque el palaustre no quita nada, lo compone todo. Y nosotros, rudos y aviesos españoles, no queremos esas composturas francesas. Aunque la cara no esté tan bonita, preferimos que el interior no esté tan podrido, y dando las gracias encima, regalamos á nuestros vecinos la escoria que está dentro de la cara graciosa que está fuera.

Excusamos advertir que no nos duele que seamos llevados por un espíritu extranjero, sino que seamos llevados sin razón. Cuando la razón media, cuando la religión universal de lo bueno y de lo justo nos hace hermanos, no vemos extranjeros, sino hombres. La idea del hombre no hace grandes, generosos, magnánimos, inmensos, por decirlo así, y no debemos pagar á aquella noble idea siendo egoístas. ¡No! No marcamos fronteras á los hechos universales, como lo son todos los que se refieren al bien humano. No ponemos límites á ese bien, como no damos patria al ambiente, á la tierra, al calor, á los celajes. Un patriotismo exagerado, es al mismo tiempo una ridiculez, una superstición y una imbecilidad. Nos pondremos de parte de España en este caso, porque cuando un hecho particular quiere absorber á otro hecho particular, no podemos menos de declararnos á favor de aquel que recibe la agresión injusta, especialmente cuando este hecho corre unido al amor y a la veneración que nos merecen las cenizas de nuestros padres. Antes que cuestión de país, es cuestión de verdad. Es cuestión de patria también; seríamos hipócritas si lo negásemos; pero este respeto viene después, como un hombre está después de la humanidad, como la narración de un solo hecho está después de toda la historia.

Tal es el pensamiento con que vamos á tratar esta delicada materia, y declarado así, quedamos tranquilos y con el valor suficiente para decir cuanto nos dicten nuestras convicciones. Pero no faltará quien diga: ¿á qué tantas ceremonias y escrúpulos con esos hombres aturdidos y desleales, que hablan al mundo de nuestro país, como si hablasen de un horda de la Nueva Zelanda?

No, señores: la infantil ligereza con que nuestros vecinos hablan de nosotros; esa ligereza que es tan nativa en ellos, y que se les debe perdonar por ser un achaque de raza, una verdadera enfermedad de temperamento y de carácter; ese chistoso

sans façon con que nuestros vecinos dicen las mayores sandeces con la formalidad más pomposa y más entusiasta; esa especialidad francesa que consiste en hablar de la niñez más grande que se ocurre á hombre, con la mayor magnificencia y esplendor del mundo; ese curioso secreto

de nuestros vecinos, no nos autoriza para insultar á una nación. Nosotros sentiríamos remordimiento si entrásemos en el examen de esta sociedad con una intención egoísta. ¡No! Por respeto al pueblo francés, por decoro á nuestro país, por nuestro propio honor, como escritores públicos, no harémos lo que hacen los franceses, con lo cual probarémos, que si nosotros tan refinadamente cultos, somos al menos más clásicamente cristianos. La naturaleza lleva en sí cierta cosa brava de buena índole, una virtud salvaje, pero candorosa y original, y esta ventaja tenemos los bárbaros.

Esta serie comprenderá los siguientes capítulos:

- 1.º Moralidad de los franceses con relación á la ley.
- 2.º Con relación á la opinión.
- 3.º Con relación á las costumbres.
- 4.º Con relación al trato civil.
- 5.º Con relación á la industria y al comercio.

- 6.º Con relacion al arte.
7.º Con relacion á la familia.
8.º Con relacion á cosas que verá el curioso lector.
UN PASEO POR PARIS.

I.

=Moralidad de Paris con relacion á la ley=.

Llegamos á Paris á las tres de la tarde, y no faltaba mucho para oscurecer, cuando entráramos en un hotel, llamado de los Extranjeros, á tiro de pistola de los magníficos bulevares. Comimos luego en un lujoso aéreo Restaurant, situado en la Plaza de la Bolsa, cuyo dueño sellama como jamás olvidaré, Champeaux. Ignoro si este nombre puede tener para los oídos franceses alguna poesía; pero sé muy bien que es un nombre célebre, prosáico y dolorosamente célebre para mi afligido bolsillo, como verá el lector en el PARIS CURIOSO.

A las diez salimos del famoso Restaurant-Champeaux, y por señas que mi mujer y yo caminábamos sin decirnos oste ni moste. ¿Por qué tal silencio? Preguntará tal vez algun curioso. ¡Ay, lector, lector de nuestra alma! Ordinariamente no hablamos, después que somos ...sorprendidos. La escena del Restaurant nos dejó mudos. De vuelta, por fin, en nuestro hotel, quiso mi mujer acostarse y notó con harta extrañeza que los dos balcones de nuestra habitacion no tenían maderas, y que á una de las vidrieras faltaba el pestillo. Es decir, notó con extrañeza que dormir allí era dormir en medio de la calle, á pública subasta, como decimos por allá. Se trataba de un piso entresuelo muy bajo, no había puerta en los balcones que daban á la calle, uno de los cierros de cristales carecía de pestillo.... ¿Cómo era posible que mi mujer, la más medrosa de las mujeres, se resignara á pegar los ojos en un cuarto, expuesto al antojo del primer transeunte?

Llamo al garçon, y le digo que se habían olvidado sin duda de poner las maderas á los balcones, y que una de las vidrieras no cerraba. El garçon se sonrió compasivamente. Hace cuarenta años, me dijo, que este hotel existe; tal como está hoy estuvo siempre, y todavía no se cuenta que haya sucedido la menor tentativa de robo.

¡Bah! no tenga usted miedo. (¡N'ayez pas peur, allez!
) Y diciendo esto se marchaba.

—Oiga usted, le grité con resolución: ¿es decir, que nos hemos de quedar de este modo?

—El amo responde de lo que suceda.

—Perdone usted; el amo no puede responder de que me dejen, y si esto aconteciera, me importaría muy poco que su amo respondiese.

El garçon soltó una carcajada con el mayor aplomo, cual si creyera que yo quería tener con él un rato de solaz, y desapareció como un cohete.

Referí á mi mujer lo sucedido, y mi mujer determinó pasar, la noche cerca de los cristales, reservándose mudar de habitacion al día siguiente.

Yo calculé que la sinrazon no estaba en el amo del hotel, sino en nosotros. Esto es una costumbre del país, costumbre que no tiene aquí peligro alguno: ¿por qué prestar oídos al temor infundado de un extranjero, en cuya nacion se vive de otro modo?

¿Por qué presumir que nosotros dos estimamos más nuestros bienes y vuestras vidas, que los centenares de hombres que diariamente se hospedan en este mismo hotel? ¿Por qué presumir que el amo había de exponerse á perder los muchos objetos de valor que decoran nuestra vivienda? ¿Por qué presumir que un establecimiento tan importante, podía aceptar el riesgo de desacreditarse en una hora, supuesto un robo ó un asesinato?

Yo preferiría que estos balcones tuviesen maderas; preferiría que los transeúntes no tuvieran la tentación continua de ver dos balcones á su disposición, dos balcones que pueden tocarse con la mano; pero visto que esto es aquí un hecho normal, me parece tan extravagante y tan ridículo querer otra cosa, como lo sería en Constantinopla el pretender que cada casa no fuese un palacio encantado.

En fin, mi mujer se acostó, por obediencia, y no cerró los ojos hasta que observó que estaba muy entrado el día. Pero luego que nos habituamos á la vida nueva, tanto el dinero como los relojes quedaban sobre la mesa ó sobre el armario, casi á la vista del que pasara por la calle. Excusado fuera decir que nadie vino á desposeernos ni á matarnos.

Hemos atravesado varias veces todo París: jamás hemos tenido noticia de un robo á mano armada, de un asesinato, de un tumulto de ninguna especie. Sólo hemos presenciado una riña entre dos hombres en la calle de Buenavista (Beauregard), un disturbio que duró un momento y que tuvo consecuencias desagradables. Trato, pesos, medidas, comestibles, todo se ajusta perfectamente á la ley.

Estudiado París en otras tendencias, apenas se concibe, ó se concibe como concebimos un prodigio, la existencia de ese escrupuloso nivel entre la conducta social del que obedece, y la voluntad del que manda. Este nivel es evidente, y sólo la ignorancia, la preocupación ó el odio pueden desconocerlo. Hemos estudiado con el mayor esmero esta faz de la civilización parisiense, y debemos decir que muy rara vez hemos visto que una manifestación pública del individuo, esté en discordancia con el precepto de la sociedad: es decir, con las leyes escritas.

No falta quien haya atribuido este resultado á la vigilancia de la policía; pero esta manera de juzgar no es la que más revela un conocimiento sazonado de las cosas.

La policía, como todo hecho represivo, podrá evitar casos particulares, accidentes de localidad y de hora; no producir un caso general, unánime, con rarísimas excepciones. Aquí es una disposición general de los ánimos y de las costumbres no herir la propiedad, en cuanto esta propiedad está garantida por una proclamación formal de la ley.

Para que esta disposición de los ánimos y de las costumbres fuese resultado de la vigilancia de la policía, fuera menester que cada individuo tuviera un vigilante tan unido á él como el pie á su huella, lo cual nos llevaría á suponer la existencia de tantos espías como ciudadanos. Esto es absurdo.

Cuando un pueblo es tan inmoral que cada uno de sus hijos necesita un espía para no ser asesino ó ladrón, no hay fuerzas humanas que impidan que el individuo de aquella sociedad sea ladrón ó asesino. El espía no puede hacer otra cosa que añadir á la suma un guarismo nuevo. El ciudadano criminal tendría necesidad de un cómplice: este cómplice sería su propio guardián, la policía, el espionaje. El espionaje, pues, sólo serviría para dar autoridad á los crímenes, ó para sucumbir en la lucha. Sí, la policía tendría que ser cómplice, ó robada y asesinada por el ladrón y por el asesino.

¿Quién lo duda? Cuando un cáncer se apodera de todo nuestro cuerpo; ¿dónde encontrareis carne sana que oponer á la carne cancerosa? Si el cáncer está en todas partes, si hay que cortarlo todo, ¿en qué punto concebís la vida? ¿De qué manera concebís la vida en una carne que debe cortarse?

Esto no puede ser, y no pudiendo ser en ningún país del mundo, no hay razón para que sea en París. No, no es la policía. Policía hay en Austria, y la criminalidad es incomparablemente mayor. La Inglaterra mantiene hoy menos policía que el imperio francés, y la Inglaterra es un país más morigerado que Francia. Menos policía tiene Bélgica, muchísimo, y las costumbres de aquel país son bastante mejores que las del pueblo que examino. En caso parecido se encuentran la Holanda, algunos Estados alemanes, las Ciudades Libres y la Suiza.

Cerdeña tiene menos policía que Nápoles, y Nápoles es más criminal que

Cerdeña en una proporción fabulosa.

No, la policía es un hecho puramente exterior, y de este origen no pueden provenir las altas razones morales, religiosas, políticas y económicas, que marcan los grados de sociabilidad en todos los pueblos de la tierra, sociabilidad que es el gran círculo donde todos los hechos humanos se contienen, las costumbres también.

No; la represión hace lo que una argolla. La argolla no tiene la virtud de convertir a los malvados. La argolla no es un poder humano, un poder moral; mata, no educa.

Pues ¿de dónde procede la religiosidad del pueblo francés en atemperarse al precepto público? Sobre esto diremos después unas cuantas palabras. Ahora no hacemos más que exponer hechos, y el hecho es que aquella religiosidad exterior se manifiesta de una manera incuestionable. Vamos ahora a ver las cosas de otro modo.

II.

=Moralidad de París con relación a la opinión=.

Esta moralidad es tan escrupulosa como la que se observa con respecto a las leyes, aunque proviene de causas distintas.

¡Cuántas manifestaciones engañosas! ¡Cuánta observación, cuánto deseo y cuánta buena fe se necesitan para penetrar en el interior de este laberinto, y ver los hechos como son en sí!

¿Nos dejamos un paraguas, un pañuelo, un bolsillo, en algún café, tienda, quizá teatro? Pues volvamos y allí estará.

¡Moralidad asombrosa! se exclama.

Poco a poco, amigos míos. No niego que esto es preferible a vernos saltados por una partida de beduinos o de turcomanos, pero nosotros nos guardaremos muy bien de llamarlo virtud. Le llamaremos habilidad; virtud, no. ¿Por qué no? Vamos a explicarnos; pero, lector mío, con tu venia, hablaremos en adelante en singular.

Yo tengo una tienda, un café, un teatro, una fonda. Sin el favor de la opinión pública, esto es, sin crédito exterior, sin probidad aparente, sin esa probidad que sale a la calle vestida de colores muy vivos, como los payasos, para que la gente se pare a verlos: sin la moralidad de la opinión en un gran centro de competencia, claro es que me arruino.

¿Pues qué hago? Agenciar día y noche aquel favor, aquella condición necesaria para que yo adelante y goce; mejor dicho, procurarme sin descanso aquella mercancía indispensable para que sea un mercader feliz.

¿Vale más mi crédito que un paraguas, un pañuelo, un bolsillo, un billete? Pues tome usted el billete, el bolsillo, el paraguas. ¿Vale más mi mercancía que la de usted? Pues tome usted su mercancía.

Pero si el bolsillo contuviera bastantes monedas para asegurar de unavez mi fortuna; si el billete fuera un talón contra el Banco de Londres, y representara una cantidad que hiciera imposible la ruina; si la mercancía de la tienda, del café o de la fonda, valiese menos que la del bolsillo o el billete de usted, ¿cree usted que el hombre moral de París dejaría de ajustar la cuenta por los dedos; cree usted que dejaría de anotar en el libro de entrada la partida mayor?

No niego que habrá muchas y honrosas excepciones: no condeno la intención virtuosa de uno o mil individuos. Hablo de la temperatura general que, en mi juicio, tiene aquí la conciencia.

Esta verdad se descubre más fácilmente en los cocheros. La ley ofrece una recompensa pecuniaria, y en otros casos una mención honorífica, al conductor de un carruaje público que presente en las oficinas de la policía los objetos olvidados en su carruaje. Los objetos devueltos en este año suman un valor de 43.000 duros.

Pero ¿qué sucede en realidad? ¿Qué sentido tienen estos alardes de pureza y de abnegación ante la moral verdadera, ante la emoción íntima del alma, esa emoción que siente el bien, y que tiene bastante con consentirlo, como mi corazón ama la belleza, y tiene bastante con amarla? ¿Qué significan esos 43.000 duros devueltos a la policía de esta ciudad?

Significan lo siguiente; y cuidado que no hablo de memoria, sino por experiencia.

Si el objeto olvidado no valía la pena de que la policía premiase al cochero honrado
, el cochero honrado hizo noche de aquel objeto.

Si el objeto valía mucho más que la recompensa pecuniaria o la mención honorífica, el objeto no pareció tampoco.

¿Pues qué objetos son los que parecen? Parecen aquellos que no valen menos ni más que el premio ó la mención; no parecen más mercancías que las que convienen al negocio.

Al volver una tarde de Passy, tomamos un coche cerca de las barreras del arco del Triunfo; era de dos asientos, y un amigo que nos acompañaba tuvo la bondad de subirse al pescante, mientras que mi mujer y yo ocupábamos el interior del carruaje.

No hacía diez horas que nos habíamos comprado un sobretodo de goma, forrado de merino, y que podía usarse tanto para las lluvias como para servir de sobretodo.

Llegamos al hotel de Buenavista; subimos; á poco notamos que el amigo se había dejado el sobretodo en el pescante; el cochero no pareció por nuestro hotel, ni el sobretodo pareció tampoco por las oficinas de la policía. Me consta, porque estuve á saberlo, contra la voluntad del interesado, que se hubiera creído en pecado mortal si un sobretodo le obligara á mover un pié ó á despegar un labio.

En fin, depuradas las cosas en el crisol de la verdad, la virtud de París con respecto á la opinión pública, sería una hipocresía, un fraude, un dolo, si no fuera un comercio hábil, una industria que participa de cierto hechizo para explotar al hechizado; ¡
palustre también
!

La conciencia se escribe y se suma: el guarismo mayor es el más moral.

¿No hay guarismo? Pues no hay nada.

¿Y dónde no sucede lo mismo? se replica.

Yo contesto que no sucede lo mismo en la mayor parte del mundo; yo contesto que esa disposición del sentimiento y de los hábitos, es una especialidad francesa, al menos una especialidad parisiense. Aquí, la alucinación de la fantasía se ejerce sobre todo, hasta sobre el tul de unos manguitos, hasta sobre los pliegues que se dan á una tela cualquiera: ¿cómo no ha de ejercerse sobre las deliberaciones y las costumbres?

Lo que aquí se llama moralidad, se llama en otras partes astucia, destreza, comprar y vender entendiendo el oficio

Yo no condeno tanto el hecho, como su falsa manifestación y su falso alarde. Llámelo negocio, empresa, mercado: llámelo como quieran, moral, no. Eso no es la moral; la cara de cartón no es la cara de carne

. La moral no se escribe sino sobre el código eterno de una verdad que no se suma, que no se palpa: una verdad lúcida, inocente, afectuosa y bella como el recuerdo de una madre; alta, noble, expansiva y universal como la idea de Dios.

III.

=Moralidad de París con relación á las costumbres=.

En una de las tiendas contiguas al pasaje de la calle Montmartre, cerca del Mercado Nuevo, han llevado á mi mujer diez sueldos por unas trenzillas que cuestan dos en la plaza de las Victorias, siendo estas últimas tal vez de mejor calidad.

Notaron que era extranjera, y la llevaron cinco veces más de lo justo.

En el pasaje de los Panoramas compramos un frasco de vinagre de olor, un pomo de aceite y algunas pastillas. Yo creí equivocadamente que el frasco valía dos francos y medio, y pagué á razón de esta suma. Pero no valía más que uno y medio; la señora que despachaba se apercibió sin duda del exceso de un franco, (la mujer francesa se apercibe de todo) y se contentó con añadir una pastilla, como si se tratara de un regalo con que nos obsequiaba.

La pastilla valía seis sueldos, de modo, que fué moral regalando una pastilla que me costaba dos veces más de lo que valía.

En la calle de Montmorency hay una casa particular donde se come(cuisine bourgeoise); hemos asistido á la mesa redonda varios dias, y constantemente nos han llevado mucho más que á los comensales franceses.

El garçon del hotel de los Extranjeros me pidió un franco diario por el arreglo de la habitacion, al cabo de dos meses de nuestra estada allí. Ni la señora me habló de ello jamás, ni el garçon me dijo una palabra, sin embargo de que á él pagaba la habitacion cada quince dias, y de que no me daba una carta, ni me traía recado alguno sin que le gratificasen en el acto.

¿Qué cosa más natural que advertirme de ello cuando entré en el hotel? ¿Qué cosa más justa y más sencilla que decirme: «paga usted siete francos por la habitacion y uno por el servicio?» ¿Y si yo no hubiera tenido más que los siete francos, único compromiso que contraí?

Y cuando gratificaba todos los dias al criado, ¿qué cosa más natural que haberme dicho: «adverta usted que estas gratificaciones no le descuentan un franco diario que ha de darme por el arreglo de la habitacion?»

Pues nada; calló durante sesenta y siete dias, y hubiera callado más tiempo á no haber notado que queríamos mudar de hotel. Entonces me lodijo con una sangre fria, con un aplomo, con una conciencia de su buenderecho , que yo le escuchaba y no comprendía qué quería decirme. ¡Cuitado de mi! Me mudaba por ahorrarme 50 francos mensuales, y aquel hombre me pedia 67. ¿Qué es esto?

Yo tengo el defecto de que doy demasiada importancia al no quejarme, al sufrir en silencio; pero esta vez no quise callar. Se trataba de 67 francos que me hacian falta, se trataba además de que era extranjero, de que era español; casi todas las cuestiones son para nosotros en Francia cuestiones de decoro, y me di á bajar la escalera con el fin de hacer saber á la señora lo que ocurría.

La señora no estaba, pero estaba el señor , el cual me recibió de una manera amabilísima, porque creyó tal vez que iba á pagar; pero luego que se hubo enterado del asunto, de l'affaire , como dicen aquí, frunció el entrecejo, agrió la voz, y se ladeó un poco, cual si quisiera significarme que mi reclamacion era cosa que él se echaba á la espalda.

Yo me hice francés en aquel momento y no dejé de manejar mi negocio

—Por siete francos me ajusté, le dije; los he pagado, nada debo.

—En mi hotel hay costumbre de pagar aparte el servicio de la habitacion.

—Usted es muy dueño de establecer en su hotel todas las costumbres que le parezcan convenientes, pero no de establecer costumbres con la condicion de que yo las he de pagar, cuando las ignoro.

—Todos las pagan, caballero, y nadie murmura.

—Pues contra lo que hacen todos, digo á usted, que ni usted ni nadie puede perjudicarme por una ignorancia de que no tengo culpa.

—Yo no tenia necesidad de advertir á usted acerca de nada ...

—Ni yo de pagar.

Diciendo esto, salí del gabinete de recepcion, donde nos encontrábamos, y subí á mi Cuarto, dispuesto á dejar el hotel en el momento mismo.

Apenas habiamos empezado á poner en órden nuestro equipaje, cuando llamaron á la puerta. Era la señora.

¡Triste de mí!

—Siento mucho, me dijo, que usted se haya incomodado ...

—Perdone usted, señora: yo no me incomodo por mí: hacen que me incomode.

—¿No pensaba usted dar nada al criado?

—Le he dado más de seis duros, durante nuestra estancia en este hotel.

—¿Pero no pensaba usted gratificarle cuando se marchara?

—Sí, señora; pensaba darle cinco ó diez francos; tal vez cincuenta, acaso ciento, si hubiera creído que los merecía; pero no pensaba tener obligación de dar 67, cuando nada se me ha advertido, cuando nada sé, cuando por el contrario tengo necesidad de saber lo que he de pagar, porque mi bolsillo no es infinito....

—Pues bien; hágalo usted por mí, dé usted al criado la mitad de lo que ha pedido.... ¿Qué menos ha de dar usted que medio franco por arreglarla habitación?

En fin, entró la parte mágica, y
la función
me costó seis napoleones cumplidos.

¿Con qué objeto exponerse á escalar puertas ó balcones, cuando hay el arte necesario para hacerlo mágicamente?

En el bulevar de la Buena Nueva me compré una levita de verano por 35 francos. El amo del establecimiento quitó la enseña donde estaba escrito el precio, y nos dió la levita perfectamente envuelta en un gran papel. Yo le di dos piezas de 20 francos, y esperaba que me diera la vuelta; pero el amo no pensaba en tal cosa.

Tuve que preguntarle cuál era el precio de la levita para arrancarle los 5 francos que sobraban. Tal vez aquel hombre obraba distraídamente; estopodía suceder; no quiero hacerle reo sin tener entera convicción; pero los varios lances análogos que me han sucedido, me dan el derecho de consignar aquí este escrúpulo, para que valga lo que la sensatez del lector juzgue regular.

Muy pocas cosas puedo decir acerca de la prostitución de esta ciudad extraordinaria.

Los lectores saben que la prostitución se considera aquí como una industria, industria que tiene su matrícula, que está bajo la vigilancia del gobierno, pagando en trueque una contribución.

La policía da á las mujeres públicas dos
horas de reclamo

; desde las nueve hasta las once de la noche. Es un espectáculo sumamente curioso, aparte lo que tiene de aflictivo, el sentarse en un balcón de una de las travessías que conducen á los grandes centros, y ver pasar y repasar á estas mujeres, desimpedrando las aceras. Andan de una manera prodigiosa. Cualquiera diría que caminan sobre resortes ó por influencia magnética. Son un torrente á que abren el dique, y anda en dos horas lo que estuvo parado en las veinte y dos de cautiverio.

No se contentan con insinuarse por su manera especial de moverse, ni con
cecear

á los transeúntes, sino que los llaman, los detienen, los exhortan, como un candidato catequiza á los electores. Esto no deja detener su ventaja, porque la mujer pierde el prestigio que la da el recato, aunque sea un recato hipócrita, y la prostitución ofrece así menos peligros.

La mujer no es temible sino en cuanto nos hace sentir, y no nos hace sentir sino en cuanto nos ofrece una belleza recatada; la prostituta vulgar en París es feísima en este sentido. ¡Cuánto más temible es la de Italia, especialmente la de Roma!

Una noche salíamos mi mujer y yo del pasaje de los Panoramas. Mi mujer se había quedado algo detrás, mientras que una ramera que estaba de acecho en la calle de Montmorency se dirigió hácia mí como una exhalación,

volcánicamente

, y me dijo con la mayor dulzura:

voulez-vous venir avec moi?

¿Quiere usted venirse conmigo?

Mi mujer asomaba en este instante. Yo contesté á mi invasora:
parlez avec madame s'il vous plaît

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

